

la consagración sólo quedan los meros accidentes. Mas con expresarse de esta manera, con asegurar que las substancias de pan y vino cesan ó dejan de ser por conversión salvan la fe, pero no explican nada, quedándonos como antes, sin saber qué es lo que sucede á semejantes substancias.

El doctor seráfico (1), empero, quizá nos saque de algunas obscuras perplejidades al opinar que las substancias de pan y vino, después de la consagración, se conmutan en otras substancias mejores; cuáles sean éstas, no lo explica; si en realidad fueran el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo entenderíamos únicamente que la transubstanciación no es ni aniquilamiento, ni conversión material en el Cuerpo y Sangre del Señor, sino real y substancial, sin entender qué es lo que acontece á las substancias de pan y vino.

Creo haber tratado con detenimiento esta ímproba materia; réstame observar no obstante que los deístas ante las anteriores sólidas pruebas no pueden con sensatez blasfemar de la Santa Eucaristía, tanto más cuanto que muchos partidarios suyos han proferido honrosas expresiones en favor de nuestro dogma, que no han sido despreciadas por los católicos. El famoso protestante Voet, ministro de Utrech, quizá aun contra su gusto y el de sus partidarios, declaró que la transubstanciación era muy posible. Voltaire se reía de los protestantes porque veneraban la impanación y no admitían aquel bello dogma, que, según decía él mismo, no es menos admisible que el de la Encarnación. Muchos otros incrédulos, por la misma razón que Voltaire, se mofaron de los protestantes, con lo cual venían á apoyar el dogma católico de la Eucaristía.

Pero ¿á qué apelar al testimonio de los impíos filosofastros si se halla de nuestra parte la razón basada en la verdadera filosofía?

(1) Lib. IV, sent. dist. XI, p. I, q. II.



CAPÍTULO XXI

Deístas y filosofastros frente al modo con que Jesucristo se halla en la Eucaristía

SUMARIO

Artículo I.—¿Es posible filosóficamente que el Cuerpo de Jesucristo se halle todo en toda la Hostia, y todo en cada una de sus partes?

- I. Esencia ó substancia de un cuerpo organizado.
- II. Impenetrabilidad de los cuerpos.
- III. Extensión de los cuerpos.
- IV. Un cuerpo ¿puede estar todo en un lugar y todo en cada una de las partes del mismo lugar?
- V. Pero es innoble para Dios que Él mismo se aprisione en un lugar tan reducido?

Artículo II.—Posible es que Jesucristo se halle todo en la Hostia y todo en cada una de sus partes.

Artículo I.—¿Es posible filosóficamente que el Cuerpo de Cristo se halle todo en toda la Hostia y todo en cada una de sus partes?

Acabamos de probar filosóficamente, que el gran dogma de la transubstanciación es muy posible; que no repugna á la sana razón que el Cuerpo y la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo estén sacramentalmente presentes en la Eucaristía debajo de los accidentes de pan y vino, como tampoco envolvería ningún absurdo el que se hallasen en la misma Eucaristía en su modo natural. Mas en el presente capítulo, supuesta la inmovible base de la transubstan-

ciación, vamos á indagar si es conforme á la razón y á la física, de conformidad con las teorías modernas, el que Jesucristo esté presente todo en toda la Hostia, y todo en cada una de sus partes, es decir: escudriñar si todo el Cuerpo y todas las partes de este mismo Cuerpo vivo, se hallan sin confusión, no sólo en la Hostia y en la parte más mínima de ella, sino en todas y cada una de las partes de la misma.

Escandalizados los deístas, á causa de su misma incredulidad, y á falta de lógico discurso, se levantarán á voz en grito contra esta esencial parte del dogma eucarístico, oponiendo las dificultades que sabe proponer la falta de fe, hija de las pasiones, y la escasez de luz natural, procedente del poco ó ningún estudio sobre una filosofía y una física verdaderas. El volumen de un cuerpo organizado, que no puede contenerse sino en un espacio suficiente de lugar; la impenetrabilidad, según la cual dos cuerpos no pueden ocupar un mismo lugar; la extensión que debe disfrutar este mismo cuerpo y todas sus partes; el que un cuerpo no pueda estar todo en un lugar y todo en cada una de las partes del mismo lugar; á más de que es innoble para Dios que se aprisione á sí mismo en sitio tan reducidísimo: son cinco fortísimos argumentos que oponen los deístas á la enunciada proposición, deducidos los cuatro primeros del estado y propiedades de los cuerpos, originado el último de la grandeza de Dios, atributo moral suyo.

Empero no nos espantamos. Á un niño no le aterroriza la imagen de un fornido militar, después que ha observado que esa imagen, por perfecta que sea, no es el militar mismo según creía; á nosotros, aunque niños, que poseemos escasa luz de las cosas presentes, pero al menos luz no fantástica, sino apoyada en la revelación y recta razón, no nos asustan los quiméricos dardos de nuestros adversarios, después que hemos notado que son vanos é ilusorios. Por esto mismo, resolveremos las cinco pretendidas dificultades, explicando lo que la razón humana puede conocer acerca de la esencia de un cuerpo organizado, de la impenetrabili-

dad y extensión, propiedades notables de los cuerpos, y manifestando que no es innoble á Dios el que se haya quedado sacramentado entre los hombres.

I. *Esencia ó substancia de un cuerpo organizado.*—

Los peripatéticos admitían como constitutivo de los cuerpos, dos substancias realmente distintas, aunque incompletas; la una denominada *materia prima*, que era el cuerpo en potencia y de sí indiferente para recibir cualquiera forma; y la otra llamada *forma substancial*, deducida de los agentes naturales, era recibida en la materia prima como en sujeto, é informaba por consiguiente el cuerpo. Todas las demás hipótesis se reducen á determinar una especie de materia y forma de los cuerpos, la materia formada de elementos distintos, pero que se unen y la forman. La opinión que ha prevalecido entre los físicos modernos y por la que se puede explicar mejor la no repugnancia de nuestro dogma, aunque, según dijimos, no deja de ofrecer dificultades, es aquella que hace constituir la substancia de los cuerpos en moléculas y en último resultado en átomos, pero que siempre es definida. Sabemos esto, pero siempre quedamos preguntando: ¿Cuál es la constitución íntima, el volumen, la amplitud de un cuerpo? No ignoramos que consta de elementos, de moléculas y hasta de los átomos mencionados, pero ¿cuáles son sus cualidades íntimas?; la molécula ó substancia del cuerpo enteramente diferente de los accidentes es en extremo pequeña, es mucho más pequeña de lo que podamos imaginarnos. Moigno asegura que muchos sabios creen haber probado que el número de moléculas contenidas en un milímetro cúbico de agua, está expresado por un número mayor de veinte ceros. Si este número raya en lo misterioso aun podemos asegurar que, en caso de concentración prodigiosa, la molécula puede dar lugar á innumerables átomos, ó moléculas de un cuerpo cualquiera, y como afirma el expresado autor, es capaz de prestar cabida aun á los átomos y á las moléculas, en número indefinidamente grande, del mundo entero (1). He ahí por que indica suma

(1) Esplendores de la fe, cap. 31.

ignorancia de la física é hipótesis modernas y es abusar al propio tiempo de los pacientes lectores, oponer el volumen del Cuerpo de Jesucristo á su presencia real en el lugar que había ocupado, no ya en muchas moléculas que constituían el pan ó la hostia, sino en una sola molécula de este mismo pan ú hostia.

La creación misma presenta fortísimas pruebas para demostrar que la esencia ó substancia de los cuerpos respectivos puede contenerse en un reducido volumen, muchas veces imperceptible. No pretendo que se dé crédito á las paradojas de Newton y de Keill, quienes reducen á una pulgada ó á un punto toda la materia del universo; pero sabemos que corpulentos árboles se encontraron en su principio en la pequeñísima semilla, apenas perceptible á la vista, de la que brotaron; plantas vistosas y altísimas, se desarrollaron de imperceptibles semillas; pero qué más? puntos sensibles contienen infinitos imperceptibles. Si alguno respondiera que, constituido de este modo el Cuerpo de Jesucristo, no gozaría de sus partes orgánicas sin confusión y acumulación; los brillantes rayos que despide una imagen de gran tamaño, un paisaje, un pueblo entero, todo cuanto pueda alcanzar el órgano de la vista ¿no se pinta real y simétricamente en la retina del ojo humano? Cómo puede ser esto? Se dirá que es debido á las leyes físicas de la refracción, pero asimismo insisto, ¿quién ha dispuesto esas leyes tan admirables? El Autor del hombre. Pues si Dios puede obrar que inmensas distancias y objetos contenidos dentro del espacio que señalan semejantes distancias vengán á encerrarse simétricamente y sin confusión dentro de una parte del ojo, tan pequeña como la retina, ¿no podrá hacer que su cuerpo esté entero y sin confusión dentro de la Hostia? ¿Por qué Dios, decía el sabio Helvino, no había de poder renovar con el poder de su palabra respectó del Cuerpo de Jesucristo, esa maravilla que obra á cada momento en una escala mucho mayor por el poder de la luz en todos los cuerpos?

Pero vengamos al bello símil que nos presenta la naturaleza acerca del cuerpo orgánico. Toda la realidad de este

cuerpo preexistía en el germen de vida que el alma fué á informar; y este germen ó embrión comienza á desarrollarse por el advenimiento de partes ó moléculas que se reemplazan constantemente, empero el cuerpo no pierde jamás nada de lo que constituía su esencia primitiva. Aun quizás alguno pondría el obstáculo de que el cuerpo, por ejemplo, el humano, después de desarrollado y llegado á la edad provecta, no vuelve al estado de germen, pero, ¿quién no ha visto que este mismo cuerpo deja también de existir y, aprisionado luego en negro ataud, viene á convertirse en horrible podredumbre, en un puñado de leve polvo? he ahí pues á la substancia de ese cuerpo reducida á un volumen tan pequeño, como el que le sirvió de principio de vida.

Más aun; la fe nos enseña y la sana razón nos dicta que para algún fin supremo hemos nacido, que tendrán premio ó castigo nuestras obras; en una palabra que resucitaremos un día para hacer práctico ese premio ó ese castigo y entonces ¿qué podrá quedar de la substancia de nuestros cuerpos? quizás nada, dirá alguno; mas no; *algo* quedará, insensible, imperceptible al hombre, pero ese *algo* son las substancias de los cuerpos humanos á los que Dios unirá unos meros accidentes y resucitaremos al modo que Él resucitó, disfrutando al propio tiempo de las dotes espirituales de que goza Jesucristo.

¡Oh soberbia humana!; si la misma creación te ofrece unas pruebas tan lindas en favor de la presencia real del Cuerpo de Jesucristo en una reducida hostia y en cualquier partecita ó molécula de la misma; si observamos que la substancia del cuerpo humano es reducidísima al principio y al fin de la vida y comprendemos que esto puede ser, y que es una palpable realidad, ¿por qué osada te levantas contra un dogma en el que no se realiza sino una cosa semejante?

II. *Impenetrabilidad de los cuerpos.*—Hemos visto desvanecerse, como por encanto, la dificultad que los deístas oponían al modo de hallarse Cristo realmente en la Eucaristía: el volumen del cuerpo humano; ahora haremos desaparecer también la que objetan contra una parte del mis-

mo dogma, á saber: la impenetrabilidad de los cuerpos.

Los cuerpos son impenetrables; esta es una condición, mejor dicho, una propiedad esencial de los cuerpos, y como para hallarse Jesucristo en la Hostia consagrada, sería preciso que se compenetrase su Cuerpo, luego es un absurdo el Misterio Eucarístico.

Despacio y calma. ¿Quién ha enseñado que los cuerpos son impenetrables? ¿quién ha pretendido que la impenetrabilidad sea un atributo esencial de los cuerpos? Nosotros podríamos responder satisfactoriamente á estas preguntas, remitiendo al deísta Bayle con los suyos á la demostración anterior y con esto habríamos dado más que suficiente contestación á este segundo argumento sofístico; empero queremos apurar todavía más la materia y por ese motivo, vamos á responderles directamente.

Impenetrabilidad es aquella propiedad de los cuerpos, según la cual, dos elementos materiales no pueden ocupar el mismo lugar. Existen dos clases de impenetrabilidad, la física y la geométrica: la 1.^a es la que se halla en los cuerpos mismos; la 2.^a en nuestras ideas, siendo únicamente objeto de las representaciones de la fantasía. La 1.^a, por lo tanto, es objeto de nuestro asunto y no se encuentra sino en los átomos.

No queremos ocuparnos aquí de las penetraciones aparentes, como son las que se verifican, por ejemplo en varias aleaciones en las que el volumen es menor que la suma de los volúmenes de los metales aleados, lo cual es debido, sin duda, á que las partes materiales de esos cuerpos no se tocan del todo, por lo cual dan lugar á que otras moléculas ocupen aquel lugar; dichos cuerpos entran más bien en la categoría de porosos. Las que deben ocupar ahora nuestra atención son las penetraciones reales, es decir, aquellas que según la ciencia física parece que no pueden realizarse.

Efectivamente, atendida la explicación que hemos dado acerca de la substancia de los cuerpos, no envuelve ningún absurdo el que los cuerpos puedan penetrarse en todas sus partes, porque si éstas constan de moléculas ó en último re-

sultado de átomos, los cuales pueden condensarse hasta lo indefinido, claro es que la penetración de los cuerpos es un hecho desde el momento y en aquellas circunstancias que lo exija el Autor de las leyes de estos cuerpos. Y no se arguya que un cuerpo penetrado en todas sus partes no se diferenciaría de un espíritu, pues esta consecuencia es falsa, por la sencilla razón que, desde el momento en que un cuerpo conste de partes, ya no es espíritu.

Es pues evidente, que la propiedad de la impenetrabilidad no es esencial á la substancia ó esencia de los cuerpos, por cuya razón enseña el famoso Balmes que una de las cosas más necesarias en los cuerpos es la impenetrabilidad, pero desde el momento que se la sujeta á un severo análisis queda reducida á un hecho de experiencia, según el cual, no se funda en la naturaleza íntima de los objetos, y que por lo mismo es contingente.

No se sigue por consiguiente ningún absurdo en hacer penetrables á los cuerpos. Oigamos sobre este punto al insigne filósofo citado.

«Tratándose de la misma esencia de las cosas, no hay ninguna relación necesaria entre los cuerpos y nuestra sensibilidad;... que no hay ninguna contradicción en hacer los cuerpos penetrables: y que el análisis de esta materia enseña que la impenetrabilidad de los cuerpos nada tiene de esencial. La idea de lugar como espacio puro, es una abstracción; luego es una suposición enteramente imaginaria, aquélla en que á cada cuerpo le damos cierta extensión, para llenar un cierto espacio, de tal manera que no pueda menos de llenarle, y no le sea dable á un mismo tiempo admitir otro en un mismo lugar. La situación de los cuerpos, en general, es el conjunto de sus relaciones; la extensión particular de cada cuerpo, no es más que un conjunto de las relaciones de sus partes entre sí; hasta llegar ó á un punto inextenso ó de una pequeñez infinita á lo cual podemos aproximarnos por división infinita» (1): luego el argumento

(1) Filosofía Fundamental.

con que se nos ha objetado, es puramente quimérico.

III. *Extensión de los cuerpos.*—La extensión según la física es una propiedad que tienen los cuerpos de poseer una parte limitada del espacio. Ahora bien; todo cuerpo debe ocupar esta parte del espacio, según sea su forma y volumen: luego el cuerpo de Jesucristo que tiene la figura y volumen de un cuerpo organizado, debe llenar la parte del espacio que le corresponda y por consiguiente no puede existir en una pequeña hostia, cuanto más en una de sus partes. Hasta aquí los incrédulos.

Quisiera yo que estos señores filósofos á fin de poder conformarme con ellos, me explicasen satisfactoriamente las tres siguientes proposiciones: 1.^a Qué es en realidad la extensión? 2.^a Si es una propiedad esencial de los cuerpos, y 3.^a á qué modificaciones puede estar sujeta la extensión de un cuerpo con respecto á otros cuerpos. Mas hasta el presente ningún filósofo las ha demostrado, sin que se suscite ninguna duda; creo yo que los deístas no serán tan lindos que pretendan ser más sabios que los mayores filósofos.

¿Qué es la extensión? Es algo en realidad? Nosotros observamos los cuerpos y encontramos en ellos dimensiones, tanto respecto de sí mismos, como respecto al espacio que ocupan y entonces salta á nuestra mente la idea de extensión. Siendo por consiguiente el cuerpo compuesto de partes y, correspondiendo cada parte á un lugar del espacio, claro es que se hallan extendidas, de suerte que no concebimos cuerpo sin extensión, porque esta es el medio de nuestro conocimiento respecto de la materia, y sin ella el universo sería para nosotros un caos. La extensión envuelve dos constitutivos integrantes; la multiplicidad y la continuidad. Todo cuerpo es un compuesto de muchos seres, he aquí la multiplicidad; mas estos seres están sin confusión unidos con sus partes fuera de las otras partes, bien en orden á sí mismos, bien en orden al lugar: he aquí la continuidad; son suficientes estos dos atributos para que exista la extensión.

Por más que discurremos y consultemos todos los filóso-

fos, nunca sabremos en qué consiste propiamente la extensión. Existe, porque experimentamos su existencia, pero no podemos saber cual es su íntima naturaleza, precisamente porque no sabemos cual es la de los cuerpos. Decimos que es propiedad esencial de los cuerpos porque no podemos concebir el cuerpo sin extensión propiamente dicha; pero en el constitutivo esencial de los cuerpos entra algo más que extensión, porque cosas de igual extensión producen efectos diversos; pero al fin no podemos averiguar si naturalmente un cuerpo podría existir sin extensión de ningún género, porque, repito, no conocemos la esencia de los cuerpos. Ignoramos asimismo á qué modificaciones se halla sujeta esta extensión con respecto á los otros cuerpos; el espacio no es nada real distinto de la extensión misma de los cuerpos.

Únicamente nos consta que sin ella no habría en nosotros sensibilidad de ningún género, pero respecto á su constitutivo esencial lo ignoramos todo, por manera que mal pueden los deístas oponer el argumento de la extensión de los cuerpos á nuestro santo dogma.

La extensión asimismo es de dos maneras: interna y externa, y precisa la explicación de ambas para nuestro propósito.

Según varias veces hemos observado, Jesucristo existe en la Eucaristía del mismo modo que existe en el cielo; esto es: con la misma unidad y extensión que tienen sus partes corporales en el cielo; pero que semejante extensión ó cantidad que posee en la Eucaristía no es externa, antes bien, interna. Consiste ésta en la posición de las partes fuera de las partes en orden á sí con aptitud próxima á la extensión externa é impenetración; lo cual quiere significar que, el que posee semejante extensión ó cantidad, tiene asimismo todo lo que es necesario y esencial para la cantidad; por consiguiente, el Cuerpo de Cristo eucarístico posee la distribución de la substancia de su Cuerpo en partes actuales y distintas, que es como si dijéramos, tiene la mano junto al brazo y la cabeza junto al cuello, del mismo modo que cualquier indivi-